

Rosario, Febrero 25 de 1880.

QUERIDA MARÍA:

He llegado hace ocho días á esta ciudad, la segunda en importancia comercial despues de Buenos Aires.

Hice el viaje acuático en el "Proveedor," pequeño vapor de la compañía Fluvial que recorre el rio de la Plata entre Buenos Aires y el Rosario, saliendo del Tigre á las cuatro de la tarde, donde termina la vía férrea, llegando al término de mi viaje á las nueve de la mañana.

A las seis de la tarde los viajeros se ocupan en hacer los honores á la es-

pléndida comida que se sirve á la francesa en el elegante comedor del buque y, despues que se levantan los manteles, sigue el piano y la animada conversacion, alternándose con piezas de canto, baile, juegos de dominó y ajedrez, ó si está la noche serena, se hacen repetidos paseos sobre cubierta y desde la media noche se está sirviendo el té.

Yo tuve la fortuna de haber disfrutado de una noche magnífica y de la compañía de personas simpáticas, en particular de la de una señora directora de un colegio de una poblacion vecina á la ciudad de Córdoba, bastante ilustrada, cuya conversacion amenizó todo el tiempo que permanecemos en el salon y fuimos al otro dia compañeros en union de otra jóven amiga suya, en el hotel Progreso, donde nos hospedamos.

Este hotel, aunque es bonito por su sembrado patio cubierto de enredaderas, debajo de las cuales se hayan colocadas las mesas del comedor, y está frente al teatro Politeama en la calle del Puer-

to, que es la mejor de la población, lo cambié á los dos días, sin embargo, por el Universal que está en la calle Córdoba y es el primero en su clase por su elegancia y comodidad.

Acabado uno de llegar de Buenos Aires, se le nota á la ciudad del Rosario un aspecto algo triste por su mas escasa población y porque la mayor parte de sus edificios son bajos aunque de buena apariencia, especialmente sus patios, que como los de la capital mencionada, casi todos están sembrados de flores y embaldosados de mármol mosaico.

Las calles son bien orientadas, enlozadas y empedradas; las tiendas y almacenes, perfectamente abastecidos, porque siendo el Rosario la segunda plaza comercial de la República Argentina y estando situada á la entrada del interior, abastece los Estados de Santa Fé, el Paraná, Córdoba, Tucuman, Mendoza, etc., para los que dirige sus mercancías por el rio Paraná y el ferrocarril del Norte.

La población del Rosario, consta de veinticinco mil habitantes.

Las señoras visten con tanto lujo como las de Buenos Aires.

Hay dos buenos teatros: el de Politeama y el Olimpo, éste tiene exteriormente un aspecto monumental y en ambos trabajan las mismas compañías de ópera y verso que en la capital.

La ciudad está alumbrada de gas hidrógeno y la recorre de parte á parte una tranvía que termina por el Norte en la estación del ferrocarril.

La ciudad del Rosario, aunque es antigua, su actual importancia comercial y su mejora material, data de pocos años, desde que se estableció el ferrocarril del interior y la navegación fluvial del Paraná; por consiguiente, la población es casi la misma de Buenos Aires, extranjera, y tiene sus mismas costumbres, por lo que el viajero no mira allí tampoco el carácter nacional.

En esta ciudad, hay solamente una pequeña iglesia bien insignificante en

su arquitectura, cuya fachada cae al Occidente frente á la plaza principal, que es un cuadro circundado de banquetas, con asientos de piedra y árboles, y en el centro, un obelisco de ladrillo, blanqueado de muy mal gusto.

En esta plaza se hace el paseo las noches de retreta y algunos domingos por la tarde, y no existe otro, si no es el de recorrer las calles, montar en los tranvías ó salir á las afueras de la ciudad, que no ofrecen cosa particular, excepto las orillas del caudaloso Paraná.

Hay seis ú ocho hoteles; pero el mejor y mas suntuoso es el Universal, que consta de tres pisos, una magnífica fachada, dos lindos patios decorados con flores, el segundo con una estatua colocada entre árboles y arbustos, dos grandes corredores á derecha é izquierda y excelentes y bien ventilados cuartos y salones de recibo.

Como he dicho que solamente hay un templo, á éste tiene que afluir la población del Rosario á las diversas

misas en los dias festivos, y por esto es curioso situarse en las principales avenidas que á él conducen, para ver pasar la multitud de gente que va á cumplir con el precepto, y en la que se admiran no pocas lindas pollitas, que rivalizan en lujo y belleza con las de Buenos Aires.

Es una ventaja, hasta cierto punto, que no haya otros templos en esta población, como en otras ciudades, en las que se dispersan los habitantes para ir á misa, que por esta circunstancia no se les puede conocer de un golpe, mientras que en el Rosario, en un dia festivo, se conoce á todas las familias al ir al templo.

Una cosa me llamó la atención en el Rosario, y fué ver asomadas á las señoras á las ventanas, por las tardes, ó fuera de los zaguanes de las casas, formando corrillos en las aceras.

Tú puedes comentar esta costumbre á tu modo.

Aunque, como dije arriba, el Rosario tiene un aspecto melancólico, lle-

Santa Fé, Marzo 28 de 1880.

MUY AMABLE MARÍA:

Verdadera sorpresa debe causarte que yo te escriba del Estado de Santa Fé, cuando tú me harás en el Rosario; pero cesará tu sorpresa cuando yo te diga, que hará mas de una semana que, almorzando en el restaurant de mi hotel, se dirigió á mí un individuo que practicaba la misma operacion y que apénas hacia un dia y una noche que habia visto allí mismo, comiendo ó almorzando.

—¿Usted es el señor Gutierrez? me preguntó.

—Un servidor de usted.

—¿El artista que vive en este hotel?

—Sí, señor, á las ordenes de usted; contesté al español.

—Y yo á las de usted; Remigio Pérez, en el Estado de Santa Fé, Quinta de la Lima, tiene usted su casa.

—Mil gracias.

Me habló entónces de que deseaba mandarse hacer su retrato y el de su señora, en medio cuerpo.

Arreglamos el precio y de que yo debería emprender el viaje parando en su casa; lo que yo acepté gustoso, pues de este modo se me presentaba la oportunidad de conocer otro Estado, como ántes habia deseado, para estudiar un poco las costumbres nacionales que ni en Buenos Aires ni en el Rosario era posible conocer por haberse neutralizado con las extranjeras.

En efecto; aunque tenia yo abierta todavía la Exposicion que abrí en el Rosario, la cerré el mismo dia, porque no concurría ninguna gente del país, si no era uno que otro italiano ó ale-

man y una sola familia á quien retraté, se dignaron poner el pié para ver la coleccion.

Gasté cerca de cien pesos en pagar el local, en el aparato de madera, avisos é iluminacion, y no percibí de entradas ni la tercera parte.

Tres días ántes de que yo clausurara la referida Exposicion, se abrió en la calle de Córdoba, casi frente á mi hotel, un local pleno de cromos y allí se agolpaba la concurrencia dia y noche para verlos.

¡Ya se ve! la entrada era gratis.

Esto da la medida del gusto por las artes en este país; por eso en Buenos Aires me libre del chasco de exhibir mis cuadros, merced al buen consejo de un amigo, que sinó, habria yo hecho "la mision del pato," ó lo que es lo mismo, "el viaje del vidriero."

A los dos días, á las tres de la tarde, tomé pasaje en el vapor "Saturno," compañero del "Júpiter" y del "Proveedor," de que ya te he hablado, de la

Compañía Fluvial, y que hace sus viajes entre el Rosario y Santa Fé.

Al desprenderse del muelle, me despedí de los pocos amigos que dejaba en la ciudad, con el compromiso de regresar pocos días despues, aunque tambien debia verificarlo por unas obras que dejaba pendientes y se alejó el "Saturno," mirando yo desde popa el panorama del Rosario que se iba envolviendo poco á poco en las brumas del horizonte, percibiéndose aún los edificios más elevados iluminados con los rayos del sol que descendia ya al Occidente.

Llegó la noche, y con ella el placer de sentarse á una mesa igual á las ya descritas de los demás vapores del rio de la Plata, bien servida y con el atractivo de los manjares succulentos, los vinos y las frutas.

Los pasajeros que quisieron, se entraron á sus camarotes á dormir y los que no, se entretuvieron jugando, bebiendo y tocando el piano.

A las once, me fui á acostar y al otro dia bien temprano, salí á cubierta

para ver el campo y gozar del fresco de la mañana.

Lo primero que ví hacia el Norte, fué parte de la poblacion de la ciudad del Paraná, sobre una pequeña eminencia y dos tranvías que bajaban por la cuesta para dejar y llevar los pasajeros del vapor que debian desembarcar en aquel lugar.

Paró el buque y yo me ví tentado á montar en uno de aquellos wagoes para ir á conocer la poblacion que distaba apénas un cuarto de legua del muelle, pues algunos me decian que podia hacerlo, porque el vapor demoraba hasta dos ó mas horas cargando y descargando; pero no me quise fiar de los dichos de esas personas y renuncié al apetito de conocer el Paraná para no pegarme el chasco de quedar en tierra.

No fueron vanos mis temores, porque á una hora despues, soltó sus amarras el vapor y dirigió su quilla para el Sur, entrando por un rio tributario del Plata que serpea por entre ciénegas, tulares y bosquecillos.

Despues de dos horas de navegacion, avistamos algunas alturas de Santa Fé, á donde llegamos á las nueve de la mañana.

Ya estaba en el embarcadero esperándome el señor Pérez con su coche.

Despues de los saludos de ordenanza, montamos y se dirigió el carruaje para la quinta de Lima, que está situada al Occidente de la poblacion.

Llegamos, y el buen español, que tendrá poco mas de cincuenta años, me presentó á su jóven esposa, que tendrá unos veintiseis, simpática, de regular estatura y de facciones muy agraciadas.

Desde luego ambos esposos se manifestaron á la altura de su buena educacion, me obsequiaron con un excelente almuerzo, me enseñó don Remigio el cuarto que debía servirme de habitacion y se entabló entre los tres una confianza sin límites.

Llevo dos dias de habitar en la casa de estas amables personas y estoy muy contento en su compañía, especialmente con la finura y agradable conversa-

cion de Remigia, que es el nombre de la esposa de Pérez. Este es un excelente hombre y me hace reír con sus pláticas á mas no poder, porque todas ellas, desde que comienzan hasta que acaban, las satura de e..... que mezcla á cada dos palabras.

Remigia, de carácter dulce y angelical, le ha ido á la mano una ó dos veces para que se contenga, porque estoy yo delante; pero él dice con mucho chiste:

"Gutierrez es mi amigo y, qué c.... yo manifiesto mi carácter desde el primer día, porque, c...., á mí no me gusta, qué c.... las gentes sean, e.... falsas; esto, c.... no entra, e.... en mi carácter.

Yo, como debes figurar, reía siempre, y como veía que Pérez era un buen sujeto, sencillo, expansivo y franco, consideraba que esas..... interjecciones con que adornaba su conversacion, eran mas bien efecto de la costumbre, especialmente cuando se entusiasmaba, por-

que daba á conocer que tenía imaginacion.

Inmediatamente que llegué, comencé á preparar mis útiles para dar principio á los retratos al otro día.

En la tarde, me llevó don Remigio á conocer la poblacion y, francamente, léjos de tener el aspecto de una capital de Estado como lo era Santa Fé, creí que entraba á Cuautitlan ó peor tal vez; porque la plaza principal es sombría y melancólica: por el lado del Oriente está la iglesia, al Occidente la casa municipal y cámara de diputados y en los otros costados casitas bajas cerradas y ninguna tienda; unos grandes árboles en el centro, y pasto con algunas veredas proyectadas.

Al Norte de esta plaza, se extiende la calle del Comercio, que es la principal, en la que apenas se miran á lo largo de cinco ó seis cuadras, algunas dos ó tres mercerías y otras tantas tiendas de abarrotes y... casas bajas de familias, que están constantemente cerradas.

Pero ¿cómo no lo han de estar, si en la calle no hay empedrado y un polvo como arina inunda de la una á la otra acera, levantándose una nube cuando pasa un carro ú otra cabalgadura? La plaza misma carece de empedrado y alguna que otra acera tiene fragmentos de banquetta.

La ciudad de Santa Fé se extiende á un perímetro considerable; pero es porque una casa comprende una manzana, y teniendo dos ó tres piezas, lo demás es un corralon indefinido.

Hay un club, cuyos departamentos no son tan malos, donde se reúnen de noche á jugar al billar ó á las cartas algunos vecinos del lugar.

A bien que la quinta donde vivo es alegre y está muy bien dispuesta.

Es una casa de campo circundada de un hermoso jardín, mas extenso hácia su espalda y en el frente un enrejado.

La comida se hace generalmente en el corredor y á la sombra de los naranjos y guayabos.

Cuando abro la ventana de mi cuar-

to, las enredaderas que cuelgan y las ramas de los árboles, me envían su ambiente de frescura, y si quiero disfrutar las distintas vistas del jardín, recorro, deteniéndome, el corredor que está formado de una balaustrada y circunda los cuatro frentes de la casa..... En fin, estoy contento de la posada y de la familia, y creo que con esto y con entretenerme pintando, pasaré contento el tiempo que deba permanecer en Santa Fé.

Muy poco te escribo ahora; pero en cambio de lo mucho que lo verifico algunas veces, váyase lo uno por lo otro.

Adios, María.

Pero ¿cómo no lo han de estar, si en la calle no hay empedrado y un polvo como arina inunda de la una á la otra acera, levantándose una nube cuando pasa un carro ú otra cabalgadura? La plaza misma carece de empedrado y alguna que otra acera tiene fragmentos de banquetta.

La ciudad de Santa Fé se extiende á un perímetro considerable; pero es porque una casa comprende una manzana, y teniendo dos ó tres piezas, lo demás es un corralon indefinido.

Hay un club, cuyos departamentos no son tan malos, donde se reúnen de noche á jugar al billar ó á las cartas algunos vecinos del lugar.

A bien que la quinta donde vivo es alegre y está muy bien dispuesta.

Es una casa de campo circundada de un hermoso jardín, mas extenso hácia su espalda y en el frente un enrejado.

La comida se hace generalmente en el corredor y á la sombra de los naranjos y guayabos.

Cuando abro la ventana de mi cuar-

to, las enredaderas que cuelgan y las ramas de los árboles, me envían su ambiente de frescura, y si quiero disfrutar las distintas vistas del jardín, recorro, deteniéndome, el corredor que está formado de una balaustrada y circunda los cuatro frentes de la casa..... En fin, estoy contento de la posada y de la familia, y creo que con esto y con entretenerme pintando, pasaré contento el tiempo que deba permanecer en Santa Fé.

Muy poco te escribo ahora; pero en cambio de lo mucho que lo verifico algunas veces, váyase lo uno por lo otro.

Adios, María.